

AIRES DE LIBERTAD EN UN LUGAR PÚBLICO

Independencia. Número cinco. Último piso. Conserjería para ser exactos. Un estrecho pasillo. Una gran terraza y unas escaleras. Aquellas escaleras, ¿quién me iba a decir que tras subir esas escaleras iba a descubrir aquel lugar? ¿Quién me iba a decir que este lugar cambiaría mi forma de ver las cosas hacia un lado más optimista? Porque con lugares así te dan ganas de vivir simplemente para poder



sentir lo que yo sentí allí arriba.

Eran las ocho de la tarde. El sol nos iluminaba con una luz cálida, un atardecer precioso. Temperatura perfecta. Ni frío ni calor, aunque corría una leve brisa. Y las dos personas más importantes de mi vida junto a mí. Allí. No hacía falta más. Nada ni nadie podía romper la magia de aquel lugar. Era mucho más que estar a tres metros sobre el cielo, como cuando estás enamorado. Era mucho más que sentir esas mariposas en el estómago cuando ves a esa persona especial. Era mucho más que todo eso. Allí arriba tienes esa sensación en la que te parece que el mundo se para un instante. En la que te olvidas de todo. Sólo piensas en reír, soñar y disfrutar.

Y aunque sólo fue un instante, esta pequeña y simple azotea consiguió que mi imaginación y mis sentimientos echaran a volar sin límites, más allá del cielo, hasta lugares inimaginables. Es sorprendente cómo el lugar más insignificante puede dar un giro inesperado al rumbo de tu vida. Y esta azotea lo ha hecho conmigo.

Un paso que nos hace libres

Son las ocho de la tarde. El sol se esconde tras los edificios. La leve brisa nos acaricia. Es como si pudiera volar. Como si al subir esas escaleras, hubiera dejado el mundo atrás. El tiempo se detiene. Nada a mí alrededor me importa. Tan sólo las maravillosas vistas que me hacen soñar despierta. Miles de cosas pasan por mi mente.

Pensé en los pequeños y buenos momentos que nos concede la vida, y me doy cuenta de que todo tiene un final, que el día menos pensado todo se acaba. Esto hace que me pregunte si merece la pena vivir. Me llamaréis pesimista pero... ¿acaso no hemos tenido todos uno de esos días en los que deseamos que la vida se acabe? Sin embargo, sé que instantes como el que estoy viviendo, aquí y ahora, son los que hacen que nos demos cuenta del extraordinario don que se nos ha concedido con la vida. ¿Y qué es lo mejor de estar aquí arriba? El poder compartir este momento con mis amigos. Estamos viviendo un espléndido atardecer, unos escasos minutos en los que me siento libre, sin normas, sin obstáculos, sin problemas. Puede ser la simple azotea de un edificio, pero tengo la sensación de estar en la cima de una montaña, la sensación de haber alcanzado mi propia meta.

Estoy convencida de que al subir esas escaleras, di un paso que me hizo libre.

Marta Fustero – Beatriz Caamaño 2º ESO

